

En la Playa

¿QUIÉNES ERAN...?

HOY las he visto, a las cinco y media de la tarde; bulliciosas, desenvueltas, repugnantemente provocadoras, con unos palmites de vaporosa tela azul que apenas las cubría.

No muy lejos de la Luneta, sentadas junto a las olas, pero sin fijarse en ellas, medían con la vista a todos los transeuntes; de los que yo no sé si querían cautivar la atención con sus ademanes sin pudor, o si se burlaban de ellos con sus brascas y punzantes risotadas.

Acariciaban de cuando en cuando a un diminuto can, que sin hacer caso a los mimos, olfateaba con avidez el envoltorio colocado a la vera de las dos frívolas y coquetueles jóvenes.

No faltaron paseantes que se fijaban en ellas. Algunos reían; los más meneaban la cabeza con significativo movimiento, que parecía interpretar la mala impresión que les causaba el nada modesto espectáculo.

Una pobre anciana, encorvada por los años, que andaba fatigosamente, impedida por el haz de ramas secas que llevaba a cuestas, parose frente a las dos jóvenes. Avanzó unos pasos llegando hasta ellas; y desprendiéndose trabajosamente de la carga, se detuvo, alargando al mismo tiempo la mano, como suplicando una limosna. En aquel mismo momento sonó una carcajada repugnante, que me hizo daño.

¿Se burlaban de la infeliz anciana?... Me asaltó la duda de que pudiera ser así; y espoleado por la curiosidad miré con fijeza al grupo.

La ancianita permanecía en pie, inmóvil, esperando algo. Ellas charlaban y reían acariciando y jugueteando con el pequeño can. La distancia me impidió entender, y sólo advertí que hablaban en inglés.

Poco duró la escena. La anciana echose a cuestas la carga, y lentamente continuó su marcha sin dejar la playa. ¿Quizá se avergonzaba la infeliz, al verse tan pobre, de caminar por el paseo, donde tantos y tantas exhibían un lujo excesivamente supérfluo, sin dirigir una mirada a aquella ancianita que muy cerca de ellos, a pocos pasos, caminaba dificultosamente, con mucha necesidad de alimento, y con mu-

cha necesidad de vestido, pues sólo harapos cubrían su desfallecido cuerpo!

Como había de pasar junto a mí, me levanté, fui hacia ella, y me hice el encontradizo.

Me saludó con apagada voz, y tendió suplicante su sarmentosa mano.

—Lleva usted demasiada carga—le dije entregándole unas monedas—¿No tiene ningún pariente? ¿Vive usted sola?

—No, señor: que vivo con mi nietecita; pero hace tres días que se puso enferma, y la pobrecita de mi alma no puede salir. Todos los días me acompaña, cuando está buena, y ella recoge la leña y me ayuda a llevarla. ¡Dios quiera que se cure pronto! Ya no me queda otra persona en el mundo... Con esta limosnita podremos tomar algo esta noche ese pobrecito angel y yo. Gracias, señorito; Dios se lo pague.

—¿No le han dado nada esas dos jóvenes? Ha estado usted hablando con ellas.

—Nada, señorito. Ya les he pedido, pero no sé lo que han dicho, porque yo no las entendía. ¡Como es una tan pobre, y va tan mal vestida...! Se han reído mucho, y nada más.

—Me ha parecido que estaban merendando cuando hablaba usted con ellas.

—Sí, señor; merendando estaban, y también daban dulces a un perrito blanco. Pero nada, señorito, a mí no me han dado nada. Son muy pocas las limosnas que recogemos ahora. Y ya ve usted, ¡tanto lujo...!

La última frase ha sido proferida por la anciana con amargo desconsuelo, pero con verdadera resignación. Nos hemos despedido, y cada vez más cansada ha proseguido su camino. ¡Dios proteja a la pobre anciana, y cure a la nietecita!

Me he dirigido en dirección contraria a la de la anciana, y he llegado hasta ellas.

Son jóvenes; completamente rubias. El pelo, cortado a la moda, apenas les llega al cuello. Me miran altaneras, y sostengo su mirada con altiva seriedad. Pronto vuelven a las risas destempladas y a los ademanes sin pudor.

Una de ellas se empeña en introdu-

cir en la boca del perrito blanco un bizcocho que el animal rechaza. ¡Tan harto y empachado debe estar...!

He contemplado el cuadro con repugnancia, asqueado, con ira. ¡¡Mimando a un perro y ofreciéndole bizcochos, las mismas que hace un momento han negado las limosnas a una infeliz mendiga, que ante ellas se detuvo desfallecida por la carga y por la necesidad!! ¡Horror...!

Quizá dentro de unas horas, esta misma noche, al presentarse en los centros sociales, el gran mundo las llamará hermosas, elegantes, distinguidas.

¡Nó: nó! ¡Mentira! No hay belleza donde falta el pudor destello del alma. No hay distinción ni elegancia, cuando dentro del pecho se tiene por corazón un yunque; cuando la flor del sentimiento ha sido ahogada por el cieno, aunque ese cieno se oculte con trozos de seda azul.

¿Son esas dos desgraciadas jóvenes fruto de la educación moderna y del tan cacareado feminismo? No lo sé. Ni las conozco, ni siento no conocerlas. Me repugna lo que en ellas he visto, pero... las compadezco, porque son dignas de compasión.

Si la formación de la mujer moderna ha de consistir en adquirir unas nociones de historia, geografía o álgebra; en saber guiar el auto y montar a caballo; en arrebatar el premio en concursos de natación, o de bailes que se prolongan día y noche, entre los aplausos de un público tan superficial y ligero como los locos movimientos de la bailarina; si a eso se reduce el progreso de la mujer; y todo es a costa del naufragio de la Religión, de la moral, del pudor y de los nobles sentimientos... entonces... ¡maldito progreso, y maldita educación!

Hemos olvidado que la mujer sólo es amor y sentimiento dentro del ambiente religioso y del hogar doméstico. Fuera de él, en la sociedad moderna que no sabe mirar al cielo, la mujer ni es amor, ni es sentimiento; es lujo, diversión, placer...

Los caminos de la sociedad están encenagados; y de ellos hay que desviar a la juventud si se ha de salvar.

EL SOLITARIO.

